

El espejo dorado

Todo empezó cuando tuve que ir a limpiar el ático de mi casa. A mí por lo general no me gusta, pero tengo que hacerlo. Cuando llegué sentí algo extraño, como si algo no cuadrara en ese lugar. No le di importancia al inicio hasta que encontré un espejo color dorado. No sé porque, pero me entró la intriga y lo comencé a examinar y de pronto empezó a cambiar de color. Lo toqué y, sin darme cuenta, ya no estaba en el ático de mi casa, sino en un bosque. Extrañada empecé a caminar, cuando de pronto una sombra me adelantó. No alcancé a ver qué o quién era. Entonces corrí sin pensar en lo que me encontraría.

Llegué a un lugar que no podía creer; había unas carpas de piel como con veinte personas adentro. Además, había muchas canoas. Las personas tenían pelo largo, suelto y negro. No lo podía creer. Era como me dijo mi profesora de historia, una tribu kawésqar. Estaba asombrada pensando que los kawésqar vivieron de esa manera hace muchos años. Después me di cuenta de que estaba viajando en el tiempo y como no sabía si me podía desaparecer comencé a explorar el lugar. Era muy diferente a una casa normal, solo eran carpas.

Cuando llegó la noche tenía hambre así que me camufle y saque un poco de comida. Lo que había era carne de lobo marino, sabía raro, pero tenía mucha hambre. Al ir a dormir lo único en lo que podía pensar era que nadie, pero nadie me creería. Aunque yo sea la única persona que sepa que viajé en el tiempo, no me importa. Después de pensar en eso me quedé profundamente dormida.

Al día siguiente desperté, pero no estaba en una carpa sino en mi cama y pensé que era un sueño, aunque tenía una sensación extraña. Salí de mi cama y no podía creer lo que vi; ahí estaba el espejo dorado tirado en el suelo. En ese momento volví a pensar lo que pasó y desde ese momento no pude volver a ver ese espejo de la misma manera.

Elisa Isidora Farfán Gómez